

Cuentos para trabajar el respeto por los animales

Nico y el circo con trapecistas, payasos y malabaristas

Nico, el pequeño elefante siempre ha soñado con ir a visitar el circo para poder ver trapecistas, payasos, malabaristas, leones saltando aros de fuego; jirafas, música, luces de colores...

La maestra ha dicho que el lunes, Nico y sus compañeros, irán al circo y eso ha puesto muy contento a nuestro amigo.

Es domingo y Nico está muy nervioso, porque mañana irá con sus amigos a ver a los trapecistas, a los leones, a los osos y a un montón de animales que actúan en el circo. Su mamá, le ayuda a preparar la mochila para la excursión, en ella meten agua, un bocadillo, una manzana, pañuelos de papel, y unos cuantos caramelos de limón.

¡Ya es el día! – Nico, ¿estás preparado?, ¿llevas todo? – ¡Sí! Estoy preparado mamá, vamos rápido, por favor.

Nico y su madre, van caminando hasta la escuela, donde la maestra y sus compañeros esperan sonrientes su llegada.

– ¿Estamos todos chicos? Preguntó la maestra. – ¡Sí! Contestaron a coro todos los alumnos.

Nico, se despidió de su madre y con mucha ilusión, se subió junto con sus amigos y su maestra al autobús blanco y naranja que les llevaría al circo.

– Ya hemos llegado. Niños, bajar del autobús y daros la mano de dos en dos.

Nico el elefante y su amigo el aveSTRUZ veracruz se agarraron de las patas y tras hacer una larga fila con sus compañeros, al fin, cogieron las entradas y pasaron dentro del circo.

Tal como se imaginaba Nico, había leones, osos, jirafas, trapecistas, payasos, malabaristas y ¡hasta un elefante tan grande como su papá! Pero... ellos, no parecían estar alegres; el león tenía los ojos tristes y la mirada vidriosa, los osos tenían el pelaje estropeado y no hacían más que gruñir, el elefante estaba encadenado por una pata y no paraba de mover la cabeza de un lado hacia a otro, tenía la trompa agachada y su mirada estaba vacía. Las jirafas estaban encerradas en una estrecha jaula con barrotes metálicos

y desde fuera se podía ver que estaban muy delgadas. En realidad, los únicos que parecían estar contentos eran los trapecistas, los malabaristas y los payasos y la mujer que les vendió las entradas.

Comienza el espectáculo; los leones, empiezan a saltar sobre aros de fuego, parece que temen al hombre que sostiene una especie de látigo y por eso le obedecen. Después, sale el elefante, ya no está atado, se levanta sobre sus patas traseras y baila, pero no parece feliz, sus patas están delgadas y tiene heridas seguramente producidas por las cadenas.

Más tarde los osos actúan con unos vestidos rosas y azules. Nico se fija en sus zarpas, ¡no tienen garras!

Terminan las actuaciones, Nico, Veracruz y el resto de compañeros bajan de las butacas y regresan al autobús. La maestra, les pregunta si les ha gustado el circo; Nico con la voz entrecortada dice:

– A mí sólo me han gustado los trapecistas, los payasos y los malabaristas porque, el resto de animales, no estaban felices. ¿No sería más divertido para todos un circo sin animales tristes?

La hormiga cojita

Érase una vez, un insecto negro con tres bolitas por cuerpo y seis patas de aderezo.

Tenía una pata rota y durante los recreos corría de un lado hacia otro, evitando caer en las manos de unos niños desalmados. Boloncho era su nombre, y por ahí había oído decir que era una hormiga. Boloncho tenía mamá, también tenía papá, Boloncho tenía hermanitos a los que tenía que cuidar. Escuchaba con sus pequeños oídos y veía con sus diminutos ojos todo lo que a su alrededor pasaba, y cojeando caminaba hacia donde se le antojaba, pero cierto día, una niña con pecas en la cara, dos coletas y en la mano una rama, encontró su humilde hormiguero que a la puerta de su casa daba.

Secuestró a sus dos hermanos y casi pisa a su madre que por poco fue aplastada. Todos huyeron despavoridos y con lágrimas en la cara.

Boloncho quería salvar a su familia, pero no sabía qué hacer, pues tan solo era una hormiga. Cojeando, se acercó a aquella niña que la miraba con los ojos tan abiertos, que

parecían platos.

La niña de las coletas, acercó su enorme mano, ¡iba a aplastar a Boloncho!

- ¡Oh no!, gritaron sus hermanos que estaban secuestrados en una caja cuadrada.

Boloncho temblaba, pero tenía que ayudar a sus hermanos, no podía dejarlos ahí. Se armó de valor y miró a la niña a los ojos. En ese momento, la niña de las pecas se sintió triste, ella era tan grande, que debía proteger a los más pequeños, tenía el poder de salvar vidas y a partir de ese momento eso haría. Acercó una hoja de papel a la caja donde estaban los hermanos de Boloncho, estos, se acercaron y se agarraron con sus patas confiando en que no les hicieran daño. La niña, les fue trasladando hasta su hormiguero, mientras con pasitos pequeños, Boloncho, les seguía sonriendo.

Finalmente, toda la familia hormiga se reunió y escucharon atentamente a la niña que decía:

- A partir de ahora no tenéis que tener miedo, porque yo que soy muy grande, os estaré protegiendo.

La pecera de Nadia

Nadia, era una niña tímida a la que le encantaban los animales, sentía una gran pasión por los peces y siempre, pedía a sus padres que le regalasen una pecera para poder tener un montón de peces en su habitación.

Era el cumpleaños de Nadia y al fin abrió un regalo enorme con forma redonda ¡era una pecera!

Ese mismo día, por la tarde, después de comer, Nadia y su padre, fueron a la tienda de animales a comprar peces para meter en la pecera. Nadia, estaba entusiasmada, había peces de un montón de colores diferentes: naranjas, rojos, amarillos, azules, grises, negros e incluso verdes.

Después de un buen rato mirando a los animales a través de los cristales, se decidió, eligió cuatro peces de sus colores preferidos: naranja, azul, amarillo y rojo y el vendedor metió a cada uno de los peces en una bolsa con agua.

Camino a casa, Nadia iba en el coche de su padre mirando a sus nuevos compañeros y

decidiendo cuáles serían sus nombres.

- Tú serás Tritón. Dijo Nadia señalando a los peces azul y tú limón, mirando al amarillo. Al pez rojo le llamó fresa y al naranja melocotón.

Llegaron a casa, la pecera estaba preparada, tenía agua, figuras con forma de casa para que se ocultasen los peces y había un bote pequeño con comida.

Nadia, impaciente, pidió ayuda para meter a sus cuatro nuevos amigos en su pecera redonda, y muy contenta, observó cómo cada uno nadaba de un lado a otro.

La niña, pasaba horas viendo a los peces, les daba de comer, les limpiaba la pecera, pero... una duda le pasaba por la cabeza ¿por qué parecían estar tristes?

Mamá le contó a Nadia que a los peces les gusta nadar mucho y, que a lo mejor, necesitaban más espacio para estar alegres.

Pasaban los días y las escamas de los peces parecían tener cada vez un color más apagado, Nadia estaba triste al ver así a sus compañeros y decidió que era hora de llevarlos a un sitio con mucho más espacio para que vivieran libres. Les contó su plan a sus padres y estos, enseguida empezaron a buscar información para ver cuál sería el mejor hogar para los peces.

Pero Nadia, había cogido cariño a Fresa, Melocotón, a Tritón y a Limón, por lo que no le sería fácil despedirse de ellos.

Al fin, sus padres, le comunicaron que habían encontrado el hogar ideal para sus amigos con aletas, vivirían en un santuario de animales, que tenía un río en el que cuidarían de ellos con mucho cariño. Pues, no podían soltarlos sin más en cualquier sitio, esto, podría dañar a otros animales que vivieran allí, además, estos peces, habían nacido en cautividad, es decir, criados por humanos, y les resultaría muy complicado vivir sin su ayuda.

Era sábado y hacía un día lluvioso, la familia, cogió los paraguas y Nadia, agarró con mucho cuidado su pecera. Tras un rato en el coche, llegaron a un lugar, en el que vivían muchos animales que parecían muy contentos. Un chico joven les recibió, y les condujo hasta un río.

Ya en el río, Nadia miró a sus compañeros con escamas y se despidió de ellos, volcó

suavemente la pecera en el agua y vio como los peces se alejaban poco a poco, iluminados con un color hermoso que tintaban el agua del río, como si de un arcoíris se tratase.

Con su pecera vacía en la mano, sonrió y dijo:

- “Cada uno debe vivir en su casa, no es justo que los peces vivan en un piso, porque necesitan nadar en libertad, al igual que yo no podría vivir en el agua, porque necesito aire para respirar”.